

# ESCUCHAMOS LA PALABRA

COMENTARIO BÍBLICO, CICLO A

## III DOMINGO DE PASCUA, 19 DE ABRIL DE 2026

La luz de la mañana de Pascua se abre ante nosotros. La búsqueda del Resucitado nos hace ponernos en camino, como María Magdalena, o hacen Pedro y el discípulo amado. La Resurrección de Jesús no nos deja quietos. Toda nuestra vida ya será una búsqueda de su presencia viva. La muerte ya no tiene poder sobre él.

La lectura de este tercer domingo de Pascua nos sitúa en el camino hacia el encuentro con Jesús resucitado. Al igual que lo sucedido con los discípulos de Emaús no acabamos de confiar en el Señor de la Vida, de ahí que, en ocasiones, caminamos en nuestra vida cotidiana cabizbajos y desanimados. Escuchar, leer la Palabra, celebrar la eucaristía puede darnos pistas para recorrer el camino de nuestra existencia vislumbrando un horizonte cargado de esperanza.

### **A Jesús lo resucitó Dios, de lo cual todos nosotros somos testigos (Hch 2,14.22-33)**

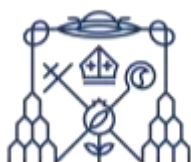
El texto del libro de los Hechos de los Apóstoles narra el discurso de Pedro tras la experiencia de Pentecostés. Dicho discurso presenta el esquema de la predicación propia de la iglesia primitiva al dirigirse a los judíos. En primer lugar, narra la vida y misión de Jesús mostrando cómo en Él se han cumplido las profecías (22-36), para pasar a continuación, a invitar a los oyentes a optar por Jesús mediante el bautismo (37-41), aunque el texto que nos propone la liturgia hoy sólo nos presenta la primera parte.

Jesús Nazareno, en su vida histórica, fue acreditado por Dios a través de signos y prodigios, expresión que aparece en el libro del Éxodo con relación a las plagas de Egipto (Ex 7,3). Los judíos lo mataron, aunque todo responde a un plan de Dios que es quien conduce la historia. Por ello, el Señor no lo deja en el sepulcro, sino que lo ha resucitado y lo ha exaltado, como dice el Sal 16,10: “no dejaras a tu fiel ver la corrupción”. Sin embargo, aunque esas palabras han sido pronunciadas por David, no se refieren a sí mismo, porque él murió y sigue en el sepulcro “hasta el día de hoy”, sino que, haciéndose eco de la promesa mesiánica (2 Sm 7), David se estaba refiriendo a un descendiente suyo: el Mesías. Ese es Jesús, a quien Dios ha resucitado, y ha enviado el Espíritu Santo prometido y anunciado por los profetas (Joel 3, 1-5; Ez 36, ,27ss). “Esto es lo que estáis viendo y oyendo”, concluirá Pedro.

### **Quédate con nosotros (Lc 24,13-35)**

El texto de este domingo tomado del Evangelio de Lucas nos presenta el relato de los discípulos de Emaús. Los dos discípulos, de ellos solo sabemos el nombre de uno, Cleofás, van caminando de regreso a Emaús y comentando lo que han vivido esos días. Se les acerca un desconocido. Es Jesús, pero su cuerpo resucitado no les permite reconocerlo. El peregrino parece desconocer los sucesos ocurridos, y empiezan a contárselos.

En pocas palabras hacen memoria y narran lo esencial del acontecimiento de Jesús. Se dice su nombre: Jesús el Nazareno; se alude a su identidad: fue un profeta; y a sus acciones: fue poderoso en obras y palabras (4,16-30). Hablan de él en pasado, porque



Secretariado Diocesano  
Pastoral Bíblica

ha muerto. Sin embargo, cuentan que no ha muerto de muerte natural, sino que algunos, lo entregaron y tras ser condenado a muerte, lo crucificaron. Estos hechos han producido en ellos una gran pena y los ha sumido en un estado de desánimo y desaliento, puesto que esperaban mucho de él. Nada más y nada menos que fuera el liberador de Israel, pero ya han pasado dos días. Todo ha llegado al final. Sus expectativas se han desplomado.

No obstante, hay algo, que no los ha dejado indiferentes, pero tampoco ha sido tan fuerte como para retenerlos en Jerusalén: unas mujeres que han acudido al sepulcro lo han encontrado vacío; es más, unos mensajeros celestes les han comunicado que está vivo. Algunos de los suyos también han encontrado el sepulcro vacío, pero a Él no lo han visto.

Jesús, señala su torpeza para entender lo que ha ocurrido: “¿No era necesario que el Mesías padeciera esto para entrar en su gloria?” (Is 3,8; Is 53,12). Y recorriendo la Escritura, desde Moisés hasta los profetas, les explica que en los acontecimientos de estos días se han cumplido. Lo que ha ocurrido, no ha sucedido porque sí. Ya estaba anunciado en la Palabra de Dios.

El texto de Lucas no dice cómo reaccionaron los discípulos ante esto, pero algo debió despertar en ellos aquel forastero: ¿un hálito de esperanza? ¿un rayo de luz para comprender? Lo cierto es que al llegar a la aldea donde iban, ante el gesto del desconocido de separarse de ellos, lo invitan a quedarse. Cualquier excusa les vale, incluso que el día ya está llegando a su fin.

Jesús entra con los discípulos en una casa y ahí realiza una serie de gestos que para ellos son conocidos (cf. Lc 22,19): “toma el pan, pronuncia la bendición, lo parte y se lo da”. Lucas no menciona las palabras pronunciadas, con los gestos es suficiente para que se les abran los ojos, que antes tenían cerrados. Entonces una luz se ilumina para ellos y lo reconocen. Pero en ese momento, Él desaparece.

Los dos discípulos, ya iluminados por la experiencia del Resucitado, hacen memoria y caen en la cuenta de lo que ocurría en su corazón mientras les explicaba las Escrituras por el camino: “¿No ardía nuestro corazón?”. Esta experiencia del encuentro con Jesús les llena de alegría, de vitalidad, levantando no solo su entusiasmo, sino levantándose a sí mismos para volver a Jerusalén, a contar lo que les ha ocurrido. Allí encuentran reunidos a los Once con sus compañeros, posiblemente entre ellos, las mujeres que siguieron a Jesús desde Galilea.

Mientras estos confirman que el Señor ha resucitado y se ha aparecido a Simón (1 Cor 15,5), los que han vuelto de Emaús comunican el encuentro con Jesús y cómo lo han reconocido al partir el pan. En la comunidad reunida se comparte el encuentro con el Resucitado, un encuentro que despierta la fe.

### **La Palabra hoy**

Cada Eucaristía, es nuestro propio Emaús. La palabra de Dios da luz a las situaciones que vivimos, nos hace caer en la cuenta de otras perspectivas. Con ella nos sabemos parte de una historia de salvación que Dios va conduciendo, y nos anima a levantarnos del desánimo y del desencanto. El encuentro con Jesús Resucitado presente en la Eucaristía nos nutre y nos llena de fuerzas. Con Jesucristo siempre nace y renace la alegría (cf. EG. 1).

**Carmen Román Martínez, op**



Secretariado Diocesano  
Pastoral Bíblica